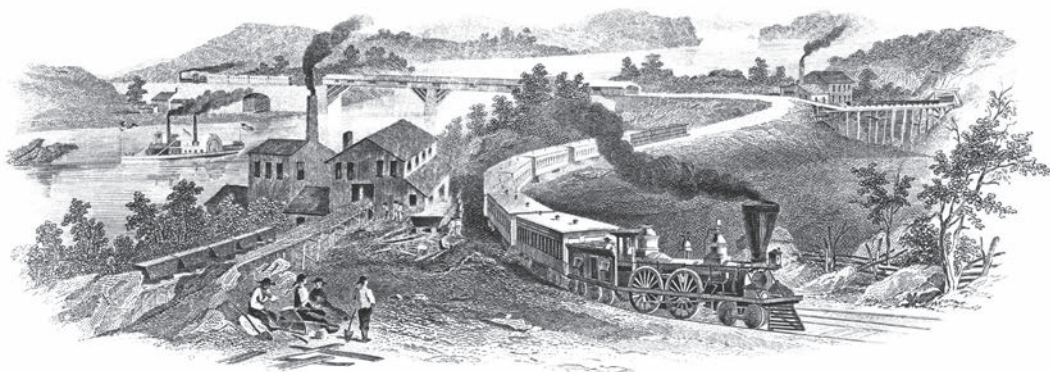


ALFONSO DURÁN-PICH

EL CAPITALISMO Y SU SÉPTIMO DE CABALLERÍA



UN RECORRIDO HISTÓRICO
POR EL COMPLEJO AJUSTE
ENTRE CAPITALISMO
Y DEMOCRACIA

DEUSTO

El Capitalismo y su Séptimo de Caballería

Un recorrido histórico por el complejo
ajuste entre Capitalismo y Democracia

ALFONSO DURÁN-PICH



EDICIONES DEUSTO

© Alfonso Durán-Pich, 2022

Los derechos de la obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors' Co.
Agencia Literaria

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2022

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3327-8

Depósito legal: B. 18.410-2021

Primera edición: enero de 2022

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Black Print CPI

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

1. El Capitalismo y el general Custer	7
2. El Capitalismo. ¿Y eso qué es?	11

EL DESPERTAR DE UN NUEVO PARADIGMA

3. El protocapitalismo: primera etapa.	21
4. Los grandes viajes marítimos: el hilo conductor.	33
5. El protocapitalismo: segunda etapa	41
6. La polivalencia del Estado.	45
7. El Capitalismo y la superestructura ideológica	51
8. Renacimiento e Ilustración como facilitadores	54

EL CAPITALISMO SE CONSOLIDA

9. Smith el silencioso	61
10. ¿Por qué Inglaterra?	67
11. La Revolución Industrial.	74
12. Los legitimadores	81
13. La saga de los críticos.	88
14. La presión del movimiento obrero.	96
15. La segunda Revolución Industrial.	101
16. La explosión americana.	106

EL CAPITALISMO Y LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

17. El <i>impasse</i> de la Primera Guerra Mundial	117
18. Más allá del tratado de Versalles	123
19. Los años del desmadre.	129
20. El Estado protector	134
21. El Capitalismo en la Segunda Guerra Mundial	148
22. Bretton Woods: la nueva hegemonía	154

EL NUEVO ESCENARIO DE LA POSGUERRA

23. The Golden Age	159
24. La Contrarreforma	169
25. La Unión Europea: un proyecto fallido	180
26. La revolución conservadora	187
27. La globalización	197
28. El final de la utopía	203
29. La toma del palacio de Invierno.	210

LA TRANSFORMACIÓN DEL CAPITALISMO

30. La nueva economía.	217
31. <i>Geek chic</i>	223
32. El «Capitalismo managerial»	228
33. El supermercado del vicio	238
34. <i>Money, money, money</i>	255
35. La respuesta del Estado a la Gran Recesión.	263
36. La sociedad financiarizada	271
37. La COVID-19, un visitante inesperado.	279

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

38. ¿Y ahora qué?	287
Bibliografía	301

El Capitalismo y el general Custer

A mí, el Capitalismo me recuerda al general Custer, aquel tipo mitificado por la historia de Estados Unidos que destacó por su bravura en los conflictos militares y que ha quedado como modelo para sus compatriotas. Hay que situar al personaje en su contexto para poder comprender mejor su trayectoria.

Tengamos en cuenta en primer lugar que Estados Unidos es un país joven, de ahí su energía, su dinamismo, su pronta y atípica capacidad de respuesta. Su historia arranca a finales del siglo XVIII, sin ataduras respecto al pasado, hecho que se pone de manifiesto primero en la declaración de independencia (julio de 1776) y después en su inicial contrato civil (la Constitución), que data de 1787.

También el Capitalismo como sistema económico es muy joven, pues nació hace apenas doscientos años. Si tenemos en cuenta que los primeros indicios de una economía organizada se encuentran en el Neolítico, hace diez mil años —cuando los colectivos humanos se agruparon en un lugar estable, cultivaron la tierra y domesticaron algunos animales productivos—, podemos reconocer que el Capitalismo está en su primera adolescencia, pues su protagonismo sólo representa un 2 por ciento del período registrado hasta la fecha.

Volviendo a nuestra metáfora inicial, comprobamos que los

americanos del norte, en su acto fundacional, se segregaron del reino de la Gran Bretaña. Al principio fueron trece colonias, sólo trece, decantadas hacia el Atlántico, a las que luego gradualmente, en sucesivos y complejos episodios, se incorporó el resto.

Los padres fundadores (Jefferson, Franklin, Adams, Sherman y Livingston) pertenecían a la burguesía más cualificada, como suele ocurrir en los procesos de ruptura. Consideraban que su proyecto político, liberal y democrático, ya no cabía en el marco del anquilosado Imperio Británico. Que la chispa del desencanche fuera de naturaleza económico-fiscal (los impuestos que había que pagar y el monopolio del té) no fue relevante. Era un conflicto de poder entre una sociedad antigua y una sociedad nueva.

El Capitalismo también surgió tras un proceso de ruptura en el que el «orden antiguo» y sus representantes fueron desplazados por los nuevos agentes, que aprovecharon las corrientes liberales y el soporte ideológico del Renacimiento y la Ilustración.

Una vez independizados, los ciudadanos del nuevo Estado fueron tomando conciencia de la gran dimensión de su territorio, por lo que se produjo un flujo constante de población del Este al Oeste («la conquista del Oeste»), en especial de millares de emigrantes procedentes de otros continentes, singularmente de Europa.

Pero el Oeste estaba ya habitado por tribus indígenas, que siempre habían estado allí. Estas tribus se opusieron tanto como pudieron a la dominación del «hombre blanco», pero al final tuvieron que claudicar, después de ver reducido drásticamente su peso demográfico. Las «guerras indias» (guerras de exterminio) forman parte de la leyenda histórica de Estados Unidos. Pero era necesario identificar un mito que integrara todo el relato (en un pueblo escaso de mitos) y al final lo hallaron en la figura del general George Armstrong Custer, un militar de prestigio que simbolizaba el nuevo espíritu americano.

Custer había nacido en Ohio en 1839, en el seno de una familia humilde, aunque su infancia y primera juventud las pasó en Michigan, que él siempre consideró su estado natal. Por razones nunca aclaradas, un congresista le ayudó a incorporarse a la

academia militar de West Point, en la que cursó estudios durante cuatro años. Su expediente fue de los peores, hasta el extremo de que ocupó la última plaza en el año de su graduación, a pesar de que sus profesores lo consideraban inteligente y capacitado. De no ser por la guerra civil americana, su carrera militar habría terminado seguramente aquel mismo año, pero el ejército de la Unión no podía prescindir de ningún oficial en aquellas circunstancias.

A las pocas semanas entró en combate en la primera batalla de Bull Run, y sus habilidades llamaron la atención del general George McClellan, que lo tomó bajo sus órdenes directas.

Con sólo veintitrés años, destacó rápidamente por su valentía y audacia, lo que le hizo ganar una sonada reputación, que él siempre se cuidó de potenciar con declaraciones a la prensa de la época. Durante toda la guerra su presencia en las más importantes batallas fue determinante, e incluso destacó en la batalla final de Appomattox en 1865, que puso fin al conflicto. Un rasgo llamativo de esta historia es que salió indemne, por lo que él mismo se consideró un tipo con suerte.

Estuvo a punto de dejar el ejército, pero vio una oportunidad en las guerras contra los «indios» y, ya nombrado teniente coronel (con veintisiete años), se desplazó hacia el oeste con su regimiento (el Séptimo de Caballería).

A pesar de su indisciplina habitual, consiguió nuevos triunfos, en especial contra los sioux y los cheyenes, lo que acrecentó su fama.

En 1875, el presidente Grant ordenó a los sioux que se retiraran de las Colinas Negras, un territorio reconocido como perteneciente a esta tribu por el tratado de Laramie, firmado en 1868. La razón del Gobierno era muy simple: se había encontrado oro en algunas explotaciones mineras.

El ejército imaginó que los sioux no facilitarían las cosas, por lo que se preparó para hostilizarlos. Custer y su Séptimo de Caballería tomaron la iniciativa. Pero los «indios» ya habían abandonado sus reservas y se agruparon en Montana, territorio bajo el dominio del gran líder indígena Toro Sentado. La estrategia decidida por Custer resultó un fracaso y la batalla decisiva tuvo lu-

gar en Little Bighorn, donde la caballería *india* con jinetes procedentes de distintas tribus (los Hunkpapa Sioux, los Oglala Sioux, los Lakota Sioux, los Cheyennes, los Arapahos y otros), bajo el liderazgo de sus jefes Toro Sentado y Tasunka Witko, en español Caballo Loco, liquidó a las tropas capitaneadas por Custer, poniendo fin a su corta e intensa vida.

Y es que se pueden ganar mil batallas y perder la última, que es la más importante. Al Capitalismo le puede pasar lo mismo. Desde sus orígenes ha demostrado su capacidad de supervivencia frente a todos sus contrincantes. Para ello se ha valido de multitud de recursos que le han permitido ajustarse a los cambios que se han ido produciendo en el entorno. Pero ha ido dejando muchos cadáveres por el camino, y esto acaba pagándose.

La pregunta es: ¿tendrá el Capitalismo también su Little Bighorn?

Trataremos de indagarlo en este libro, deconstruyendo el complejo entramado que le ha dado vida.

El Capitalismo. ¿Y eso qué es?

El Capitalismo es en primer lugar y por encima de todo un sistema económico. Una forma organizada de producir recursos, asignarlos (distribuirlos), gestionarlos de forma racional y generar un excedente para continuar repitiendo el ciclo.

El Capitalismo exige el reconocimiento de la propiedad privada, un concepto discutido y discutible que el Imperio Romano, mejor que nadie hasta entonces, consagró en términos formales.

La hipótesis más razonable es que en los primeros agrupamientos humanos la propiedad privada no existiera. Todo pertenecía a todos, a caballo entre un comunitarismo primitivo y una acracia (no sometimiento a la autoridad). Además, la búsqueda permanente de alimento y cobijo determinaba una vida nómada, una vida en tránsito, en la que todo era volátil y perecedero.

Pero cuando en el Neolítico los humanos se asentaron, empezaron a cultivar la tierra y a propiciar la crianza de ganado, ese modelo duró poco, pues la búsqueda de la eficiencia (proveer de alimentos a todo el colectivo) determinó la necesidad de crear una estructura, un ente organizado. La organización estableció reglas, fijó roles, desarrolló procedimientos, asignó rutinas. Y así, de una forma natural, se jerarquizó la sociedad creando núcleos de poder. El poder inicial fue el *condigno* (entre las categorías de Galbraith), que es el poder de la porra, de la violencia, el poder coercitivo.

Ese poder tomó mayores parcelas de la tierra, de los alimentos, de los grupos más débiles. Delimitó territorios, puso barreras, desarrolló mecanismos de control. Era un movimiento predatorio, que los demás aceptaban porque interpretaban que les convenía. Parecía razonable pensar que los que asumían mayores responsabilidades se llevaran un mayor trozo del pastel. Cuánto mayor tenía que ser ese trozo era un tema más discutible, hecho que con el tiempo alcanzó dimensiones no imaginadas. Lo de *Occupy Wall Street* y su denuncia del 1 por ciento viene de muy lejos.

Poco a poco y de una manera sutil se impuso el «derecho de propiedad», aunque no estuviera regulado. Incluso se encontraron justificaciones económicas a ese derecho, en el sentido de que el «propietario» individual cuidaba mejor los bienes que obtenía (no importaba cómo) que el conjunto de la comunidad respecto a los comunales.

Merece la pena reflexionar un poco sobre esto, ya que hemos dicho que para el Capitalismo los derechos de propiedad son un prerrequisito.

Colombatto identifica tres argumentos básicos que explican estos derechos. El primero tiene que ver con la iniciativa, en el sentido de que se lo queda el que llega antes (se refiere a la tierra). Demuestra, a juicio de este autor, mayor capacidad. Así funcionó la apropiación de tierras por parte de los colonos en el Oeste americano. El segundo se apoya en el papel del poder dominante (el grupo que gobierna), que reparte según su criterio, aceptando que ese grupo sea justo y equitativo. El tercer argumento, más sofisticado, señala que la propiedad no es más que la extensión del concepto de individuo, su proyección personal. Todo ello es vago y confuso, y todavía lo es más si lo legitimamos a través de un denominado «Derecho Natural», con interpretaciones cuasi religiosas poco convincentes. Da la impresión de que todo ello no es más que la creación de una doctrina que justifique la realidad predatoria original. En cualquier caso, la propiedad privada es muy anterior al Capitalismo y un fenómeno no ha llevado necesariamente al otro. Pero sí es cierto que, sin lo primero, lo segundo hubiera tenido una corta existencia.

Capitalismo viene de capital, de dinero, de activos. Pero es un capital que se mueve para obtener un beneficio. La palabra *Capitalismo* es relativamente nueva en el lenguaje de la economía. Fue hacia 1880 cuando John A. Hobson, un economista inglés próximo a los fabianos y de espíritu reformista, publicó el libro *The Evolution of Modern Capitalism*, que más adelante (1902), Werner Sombart, economista y sociólogo alemán, ratificó con su ensayo *Der Moderne Kapitalismus*. El propio Sombart, cuya trayectoria ideológica ofrece muchos claroscuros, resaltó que Karl Marx, que dedicó buena parte de su vida al estudio del sistema (cuyo extraordinario legado es *El Capital*), raramente mencionó el término. Sombart, antes que Schumpeter, también puso especial énfasis en el rol del emprendedor. En Estados Unidos fue Thorstein Veblen, que en 1914 publicó *The Instinct of Workmanship and the State of Industrial Arts*, un libro en el que hacía amplias referencias al Capitalismo y lo asociaba al desarrollo de las nuevas tecnologías. Lo llamativo es que los que sí se referían a él, en círculos restrictivos, eran los líderes de las clases trabajadoras, que eran conscientes de la praxis más dura del sistema, del que entonces ya estaba descrito como «Capitalismo Manchesteriano».

No es que no hubiera Capitalismo, sino que no se citaba como teoría económica. Fijémonos que incluso una publicación de tanto prestigio como la *Enciclopedia Británica* hace en 1922 una definición tan somera como la siguiente: «Un sistema en el que los medios de producción son de propiedad privada y que emplea ejecutivos y empleados para la producción».¹ Contextualicemos esto: ha acabado hace ya unos años la Primera Guerra Mundial; el tratado de Versalles, en el que los aliados impusieron unas condiciones draconianas a la vencida Alemania, da señales de fracaso; la hiperinflación ha estallado en la República de Weimar; la Revolución Rusa sigue liderada por Lenin y su Nueva Política Económica (que permite prácticas capitalistas); Mussolini es nombrado primer ministro de Italia, y en Estados Unidos, ya reconocido como país hegemónico, empiezan los «Roaring

1. *Encyclopaedia Britannica*, «capitalism», 1922.

Twenties» (los locos años 20), en los que parece que la abundancia va a ser generalizada. Y la *Enciclopedia Británica* hace una descripción breve e incompleta. Da una sensación de ocultamiento de un sistema que ya se había impuesto en el hemisferio occidental de una manera absoluta. Y todavía hoy es un concepto que levanta polémica y quizás por ello nadie, o casi nadie, quiere ser tildado de capitalista, aunque la gran mayoría haya incorporado buena parte de sus valores.

El Capitalismo no es industrialización, aunque la industrialización y las tecnologías que lo acompañaron en los siglos XVIII y XIX le dieron un fuerte impulso.

Podemos considerar que las variables clave del Capitalismo son la acumulación de capital original, el mercado, el individualismo, la división del trabajo, el capital como unidad de producción, los derechos de propiedad, la especialización, la competitividad, el factor trabajo a cambio de un salario, la libre contratación entre las partes y la búsqueda activa del beneficio. Demos un paso más: prioriza la maximización del beneficio a expensas del resto de las variables. Para ello se trabaja en la mejora de la eficiencia y de la productividad.

Gordon Gekko, el personaje central de la sugerente película *Wall Street*, dirigida por Oliver Stone, en la que representa a un poderoso y especulativo inversor, lo expresa con gran claridad: «Greed is good» (la codicia es buena). Para rematarlo con esta frase: «Greed, in all of its forms —greed for life, for money, for love, knowledge—, has marked the upward surge of mankind». ² Aquí Gekko lo dulcifica, al formular una avidez más *light* por la vida, por el amor, por el conocimiento, que a su juicio ha marcado el impulso ascendente de la humanidad.

«Excusatio non petita —dirían los clásicos— accusatio manifesta.» El Capitalismo siempre se ve en la necesidad de excusarse de antemano. ¿Por qué será?

El Capitalismo tiene tanto de «natural» como «los derechos de propiedad». Es decir, nada. No surge de forma evolutiva, sino que responde a una maduración de prácticas comerciales ance-

2. Película *Wall Street*, 1987, director: Oliver Stone.

trales. Meiksins Wood, la gran historiadora norteamericana, destaca una singularidad del sistema digna de mención: el paso de producir para usar a producir para intercambiar. Marx lo había descrito todavía mejor cuando hacía una distinción entre «valor de uso» y «valor de cambio». Disocia Meiksins Wood además los roles del hogar, que pasa de ser un centro de producción (como lo era en el orden antiguo) a ser un centro de consumo.

El Capitalismo introduce en el lenguaje códigos nuevos como beneficio, interés, eficiente, mejorado, productivo, competitivo, etcétera.

El Capitalismo cuenta a su favor con un momento histórico favorable, en el que la sociedad, superadas las hambrunas que asolaron el mundo entre el siglo XIV y finales del XVII, ha dado un paso adelante. Por eso tiene la habilidad de nacer asociado al progreso, concepto heredado del Renacimiento y la Ilustración. Pero esa herencia no le impide distanciarse del ideal humanitario de esos grandes movimientos. Como señala acertadamente Meiksins Wood: «No se trata de mejorar la Humanidad, sino de mejorar la propiedad». Se impone la ética del beneficio.

Y para autojustificarse acude a las metáforas, que la mayoría de los intelectuales (siempre al servicio de los poderosos) son capaces de construir con afán pedagógico. Bernard de Mandeville fue uno de ellos. Filósofo, economista, médico y escritor satírico, publicó en 1714 la *Fábula de las abejas*, cuyo mensaje nuclear era: «Los vicios privados producen beneficios públicos». La hipocresía dominante se escandalizó, pero la verdad es que Mandeville se adelantó medio siglo a Adam Smith (el teórico padre del Capitalismo), cuando dijo que «el egoísmo y no la virtud era el motor del progreso».

El texto de Mandeville es muy elocuente y conviene recordarlo:

Había una colmena que se parecía a una sociedad humana bien ordenada. No faltaban en ella ni los bribones, ni los malos médicos, ni los malos sacerdotes, ni los malos soldados, ni los malos ministros. Por descontado, tenía una mala reina. Todos los días se cometían fraudes en esta colmena; y la justicia, llamada a reprimir la corrupción, era ella misma corruptible. En suma, cada profesión y

cada estamento estaban llenos de vicios. Pero la nación no era por ello menos próspera y fuerte. En efecto, los vicios de los particulares contribuían a la felicidad pública; y, de rechazo, la felicidad pública causaba el bienestar de los particulares. Pero se produjo un cambio en el espíritu de las abejas, que tuvieron la singular idea de no querer ya nada más que honradez y virtud. El amor exclusivo al bien se apoderó de los corazones, de donde se siguió muy pronto la ruina de toda la colmena. Como se eliminaron los excesos, desaparecieron las enfermedades y no se necesitaron más médicos. Como se acabaron las disputas, no hubo más procesos y, de esta forma, no se necesitaron ya abogados ni jueces. Las abejas, que se volvieron económicas y moderadas, no gastaron ya nada: no más lujos, no más arte, no más comercio. La desolación, en definitiva, fue general. La conclusión parece inequívoca: dejad pues de quejaros. Sólo los tontos se esfuerzan por hacer de un gran panal un panal honrado. Fraude, lujo y orgullo deben vivir, si queremos gozar de sus dulces beneficios.³

La fábula trasciende el Capitalismo como modelo económico y se inserta en el conjunto de las relaciones sociales y de los valores culturales que las acompañan. Con todas sus contradicciones internas, que iremos analizando, el Capitalismo termina por alcanzar la hegemonía como sistema global. Y ahí está.

Resumiendo, podemos decir que el Capitalismo es invertir dinero para conseguir un beneficio. Esta inversión transforma un dinero pasivo en capital. En este sentido hay que señalar que capitalistas ha habido siempre, mucho antes de que el sistema se estableciera de forma oficial. Los mercaderes compraban y vendían obteniendo un beneficio en la intermediación. Con el Capitalismo todo se transforma en mercancía, no sólo el producto fabricado, sino la tierra, el trabajo, el conocimiento, el capital, la misma entidad que lo comercializa. El mercado cobra un protagonismo novedoso, donde el que produce y el que consume son agentes diferentes. De la producción para el uso a la producción

3. Bernard Mandeville, *La Fable des abeilles*, Éditions Bibliothèque Digitale.

para el cambio. Son en teoría los mecanismos de mercado los que gobiernan los procesos económicos, no los mecanismos de asignación política.

El Capitalismo buscó rápidamente formas de legitimarse y puso énfasis en el concepto de la naturaleza humana. De acuerdo con ello, su tesis era que defendía los derechos del ciudadano frente a los derechos y privilegios de los señores. La idea era buena, aunque en la práctica los nuevos empleadores trataron de mantener las ventajas de los anteriores, pagando unos salarios muy por debajo del valor generado por los trabajadores. Marx llamó a esta diferencia *plusvalía*, a la que nos referiremos más adelante. La contradicción, que el reformista Keynes puso de manifiesto en el siglo xx, es que si pagas salarios de subsistencia no puedes vender los productos que fabricas. Esta contradicción actúa como una espada de Damocles, siempre presente en el sistema.

Al final, el Capitalismo fue capaz de venderse como algo natural, liberal y progresivo. Para ello se valió de la última categoría de Galbraith (el *poder condicionado*), que es el más sibilino, el que actúa a largo plazo. Creó un cuadro de creencias propio y lo comunicó mediante la educación, la persuasión y la manipulación. Su ideología penetró en la sabiduría convencional, haciendo de este credo lo «razonable», lo que puede ser. Tejió mitos a su alrededor para cubrir el frente emocional, como «el estado del bienestar» o «el sueño americano». Para fortalecerse, el Capitalismo se nutrió de las ideas humanistas del Renacimiento, del método científico que aportó la Ilustración (que hábilmente transformó en metodología de trabajo) y del sentido trascendente de la Reforma Protestante, en especial de Lutero y Calvino.

¿Pero cuándo podemos decir que el Capitalismo se instaló definitivamente como el modelo económico dominante? Lo analizaremos.